

## **Una ambulancia y una camilla en el despeñadero**

En el valle del Aconcagua había una antigua casa patronal de mediados del siglo XVIII, la cual a principios del siglo XX fue objeto de una transformación que le otorgó un aire afrancesado. En 1950, aún lucía imponente. La casona era habitada por los descendientes de la familia más prominente del lugar, considerando las grandes extensiones de tierra que poseían y por sus ancestros.

Por todo esto la voz de la familia era escuchada con respeto por los campesinos y también los pueblerinos. En suma: gozaban de gran prestigio.

Un mediodía de sábado de 1948 estaban en ella sólo dos cuñados, Enrique y Lucho, y un pariente cercano llamado Nacho en el fundo conocido por el nombre Las Cruces. El fundo tenía su propio equipo de fútbol el Arco Iris, que era precisamente presidido por Enrique. El equipo del deporte nacional jugó el mencionado día con su rival de siempre El Ocoa. El marcador registró 6 a 2 a favor del primero. Todo un triunfo. Los miembros de la familia debían festejar lo ocurrido.

Ahora bien, Lucho estaba enfermo, con temperatura muy alta, tos y escalofríos. Dado estos síntomas, Enrique llamó telefónicamente al doctor Parzzo, que trabajaba en el hospital del pueblo, llamado La Fragua. Éste acudió con presteza, examinó minuciosamente el enfermo y le diagnosticó como enfermo de cuidado. Le recetó medicinas y señaló que era de capital importancia que guardara cama para evitar una pulmonía. Los cuñados y Nacho decidieron no privarse del festejo y tuvieron una idea brillante. Aprovechando que el que el doctor Parzzo

dirigía al hospital, le solicitaron inmediatamente que les prestara por unas horas la ambulancia para llevar al evento deportivo a Lucho en camilla y bien arropado. El Doctor accedió; estaba frente a un dilema su diagnóstico médico y la presión de los familiares; concluyó por aceptar el préstamo de la ambulancia para llevar a Luis al evento deportivo; no podía negarse al deseo de los terratenientes que con frecuencia hacían donaciones al hospital asegurando así una mejor atención a sus pacientes de la comarca. Accedió preocupado, pero no tenía suficientes agallas para rebatir Enrique y Nacho. Además, el enfermo se mostraba entusiasta, pese a su estado calamitoso, por festejar al club Arco Iris.

Una vez llegó la ambulancia Enrique y Nacho se dieron cuenta que era un trasto viejo, pero igual no se cejaron en su idea y luego de unos breves minutos partieron rumbo a Ocoa, los cuñados, el amigo, el chofer y el camillero.

El club social del derrotado Ocoa se ubicaba a aproximadamente a 40 kms de Las Cruces. Ahora bien, el camino era pésimo: de tierra, angosto y con baches de proporciones. A corto andar hoy sí la ambulancia debió sortear una cuesta pronunciada y muy cerrada, teniendo a su lado izquierdo un precipicio que conducía al río Aconcagua y al derecho un cerro empinado. La ambulancia corrió peligro y en un recoveco la puerta trasera se abrió, cayó la camilla con Luisa a cuesta, el enfermero saltó al camino, pero no pudo detener el percance y el enfermero cayó quedando sucio y magullado y el artefacto se precipitó hacia el río de manera vertiginosa. Los cuatro hombres se lanzaron cuesta abajo para rescatarla. Toda una operación de salvataje. El peligro era resbalar o dar un paso en falso y caer

inevitablemente cuesta abajo. a aventura concluyó cuando la camilla quedó atascada en un peñasco de proporciones y unos matorrales y entre dos espinos.

Remontar la camilla fue difícil por los roqueríos, arbustos y demases. Los hombres quedaron exhaustos por el esfuerzo.

Perdieron casi media hora con el accidente, pero finalmente subieron a Luis nuevamente a la camilla, lo arrojaron y partieron hacia Ocoa. Llegaron al club social sucios y con uno que otra magulladura, pero en un ánimo estupendo. Se bajaron del furgón envalentonados y celebrando su gran pericia para enfrentar el accidente.

Enrique, Nacho, el chofer y el camillero fueron el alma de la fiesta y Luis publicado en su camilla al borde de la pista de baile, tomó nuevamente una dosis de sus medicinas y aplaudió a rabiar a los bailarines. Todos bebieron chicha y comieron a destajo asado de chivito con pebre cuchareado, apetitosas papas al rescoldo y más de un pan amasado. El festejo fue de largo aliento y muy bailado con hermosas chiquillas del lugar.

Cerca de medianoche emprendieron el regreso. El camino, ahora a oscuras, era doblemente peligroso, pero lo bebido, comido y bailado los hizo olvidar los riesgos y viajaron revolviéndola, contando chistes de grueso calibre y adivinanzas. Las carcajadas sonaban fuertes en el interior del furgón y el viaje se les hizo un suspiro. Volvían eufóricos. Al arribar dieron una considerable suma de dinero al camillero y al chofer.

Luis se durmió en el viaje y fue trasladado en vilo hasta su pieza. Los días que siguieron al sábado guardó cama en medio de accesos de tos, temperatura sobre 38 grados, pero no llegó a sufrir una pulmonía.

Los protagonistas de esta hazaña cada vez que pueden cuentan lo vivido gracias al triunfo del Arco Iris agregando entre risas que todo tiempo pasado fue mejor. Obviamente no escatimaron y siguieron financiando al Arco Iris y gozando con sus triunfos y presidiendo los festejos.